

## SAN FRANCISCO SOLANO. TRASLADO DE LA RELIGIOSIDAD MEDIEVAL A AMERICA \*

Debo confesar que este tema tiene, para mí, un atractivo fundamental, toda vez que, hasta ahora, en mis investigaciones nunca me habían enfrentado, con la tarea de narrar la intervención de un santo en la Historia. Pues había escrito sobre obispos, sobre órdenes religiosas, sobre concepciones más o menos regalistas, sobre la acción civilizadora de la Iglesia por intermedio de misioneros o predicadores, pero jamás me había manejado con la actividad (y la personalidad) de un santo. Y me preguntaba: ¿cuáles son las verdaderas relaciones entre un santo, su despliegue vital y la historia? ¿Qué intervención tiene en ésta? ¿En qué sentido?

Además, conviene aclarar que no habrá de tratarse en este trabajo la vida y tareas apostólicas de San Francisco Solano — asunto por demás exhaustivamente estudiado y expuesto en varias de las obras que utilizamos y mencionamos en nuestra bibliografía sino que, más bien, procuraremos mostrar cómo, de su actividad apostólica participaron ciertos elementos que escapan a toda ubicación cronológica precisa y que, aunque muchas veces soterradamente, actúan como fuerzas de la historia trasladando y trasplantando concepciones, ideas, principios, creencias, nociones.

---

\* Pronunciada, inicialmente como tal, en la Asociación de Estudios Medievales de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, en el Curso de Conferencias de 1980. Y presentada como trabajo en el Vº Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina, organizado por la Academia Nacional de la Historia, en Resistencia (Chaco), en setiembre de 1981.

Y, sobre todo, mi intención será aclarar qué tipo de religiosidad trajo y practicó este santo en la región del Chaco y Tucumán.

**Veamos.**

Fundamentalmente, yo diría que la acción de España en América consistió en allegar a los que en ésta vivían la posibilidad de la salvación eterna mediante el conocimiento de la verdadera religión.

No quiere decir esto que ella, como nación, se dedicara en forma exclusiva y unilateralmente a esa empresa, sino que ese fue el objetivo que persiguió, en muy diversas formas, y que sus teólogos impusieron a su legislación, sus instituciones, sus hombres. . .

Un gran escritor español se preguntaba: ¿“Han elaborado los siglos sucesivos ideal alguno que supere al nuestro? De la posibilidad de salvación se deduce la de progreso y perfeccionamiento. Decir en lo teológico que todos los hombres pueden salvarse, es afirmar en lo ético que deben mejorar y en lo político que pueden progresar. Es ya comprometerse a no estorbar el mejoramiento de sus condiciones de vida y aun a favorecerlo en todo lo posible.”<sup>1</sup>

A este respecto es importante entender —a diferencia de como ha planteado tradicionalmente la historiografía esta cuestión— que, en el plano de los hechos, no existieron en América dos elementos opuestos y contradictorios, el español y el indio, que en pugna dialéctica habrían dado origen a todas las peripecias de su propia evolución histórica, sino que, como componente esencial, al lado de aquellos y alternándose en su presencia protagónica en la escena, estuvo siempre presente el Estado español, la monarquía española, que como católica que era había llegado a un exquisito grado de fusión de sus intereses temporales con el fin espiritual. Y que, en el momento de la expansión civilizadora en América, había encontrado aquí un amplio campo para que la acción política se desarrollara en perfecta subordinación a los más altos y puros objetivos.

Durante el siglo XVI, es decir, en la época en que se plasma la personalidad espiritual de América, el ideal religioso llevó todo lo español —hombres y Estado— a lanzarse en una tarea heroica e inmensa, la de la evangelización, como muestra de la hondura y la

---

1 MAEZTU, Ramiro de: *Defensa de la Hispanidad*. Buenos Aires, 1945. Pág. 12.

fuerza de ese sentimiento y esa creencia que constituyen como el alma de la hispanidad.

Porque, como ha escrito un brillante historiador argentino, "si de ese siglo se quita la fe religiosa, todo se viene al suelo. Ella es el sostén y el abono. Y la propia civilización americana no tiene explicaciones posibles si no se acepta la intervención divina".<sup>2</sup>

Es muy sugestivo este momento, verdadera encrucijada de la historia universal que nos va a mostrar el caso de cómo actúan, a través del tiempo, ciertas fuerzas ocultas en la historia. Porque si el mundo, cronológicamente hablando, ha entrado ya en el Renacimiento, y si la Edad Media está siendo superada, lo importante será ver si ciertos postulados de ésta no perviven más allá de todo cambio epocal. Y si su presencia no persiste a través de la acción de España en América.

Para que se llegaran a concretar tales cosas, creemos que dos hechos fueron necesarios. En primer lugar, la reforma cisneriana en España, que abarcó tanto al clero secular como al regular y que, con la adhesión y el apoyo de los Reyes Católicos y del Papa tuvo en el gran cardenal a su ejecutor más conspicuo, bien que acompañado por otros obispos y superiores de órdenes.

Abarcó una parte cultural, con la fundación de la Universidad Complutense, pero fue más profunda en lo relativo a la cura de almas y la predicación. Y, sobre todo, se dirigió a los distintos institutos, encontrando colaboración para la reforma de dominicos, benedictinos y jerónimos.

El caso más ilustrativo reside en los propios hermanos de su Orden. La regla de San Francisco se había dividido en dos ramas: Observantes y Conventuales. Los primeros vivían con ascético rigor, siguiendo al pie de la letra los preceptos del *Poverello*. Los conventuales, en cambio, habían abandonado la pobreza apostólica y las penitencias, dejándose arrastrar por el lujo y la opulencia que resplandecían en sus magníficas casas.<sup>3</sup>

Con gran rigor y firmeza, Cisneros procedió, pese a la oposi-

---

2 SIERRA, Vicente D.: *El sentido misional de la conquista de América*. Buenos Aires, 1944. Pág. 75.

3 STARKIE, Walter: *La España de Cisneros*. Buenos Aires, s. a. Pág. 218.

ción de los conventuales, a convocar en cada monasterio al capítulo, exhortando primero a seguir el ejemplo de los antiguos patriarcas y pidiendo que abandonasen su vida regalada, totalmente opuesta a los propósitos del fundador. Además, después de realizar una prolija investigación acerca de las propiedades que poseía cada convento, indicaba la conveniencia de desprenderse de ellas. Por último, llegó a expulsar a los que consideraba indignos de permanecer en la Orden. En suma; que fue prevaleciendo, en todas partes aunque gracias a severas medidas, la causa de los observantes que era la de la austeridad y la pobreza.

El otro gran acontecimiento para la vida espiritual de Europa en el que hay que insertar la figura de Francisco Solano es el Concilio de Trento en el cual, aparte del aspecto dogmático de sus definiciones imperecederas, cabe señalar todo aquello referente a la reforma disciplinar que buscó la restauración del ideal sacerdotal y cristiano. Se dictaron allí distintas normas para la dignificación de la vida del clero, buscando que una verdadera selección moral e intelectual fuesen la base de la consagración y obligando a sus integrantes a la cura de almas, la predicación y la práctica frecuente de los sacramentos. Y se atendió a la instrucción en los seminarios y a la ejercitación en la vida ascética y en la oración metódica.<sup>4</sup>

Así pudo darse que la Iglesia se viera recorrida por ansias de reforma en muy distintos lugares durante el siglo XVI. La tarea "requería personalidades fuertes, dispuestas a arrastrar todos los inconvenientes de una acción que, al romper prejuicios y situaciones creadas, levantaba resistencias serias; pero esas personalidades fueron siendo dadas a la Iglesia". Aparecen entonces figuras como "las de Juan Bautista de la Concepción, que provoca la reforma de los trinitarios. . .; el padre Alonso Monroy, que da reglas a los mercedarios descalzos; Santa Teresa, que realiza la reforma de los carmelitas, Carlos Borromeo que reforma seminarios o el legado pontificio Cardenal d' Amboise que, en Francia, restableció la observancia regular en los monasterios, especialmente en los de dominicos y franciscanos"<sup>5</sup>

Pero, principalmente, en España, "el estado religioso floreció . . . con nueva vida y los centenares de conventos que poblaban

---

4 Cfr.: PALACIO ATARD, Vicente: *Manual de Historia Universal*. Tomo III. *Edad Moderna*. Madrid, 1959. Pág. 175-176.

5 SIERRA, Vicente D.: Ob. cit. (Nota N<sup>o</sup> 2). Pág. 111.

nuestro suelo —ha escrito Astrain— se convirtieron en fuentes de predicadores celosos, de preladados eminentes, de doctores profundos, de confesores discretos, de consejeros prudentes, de incansables misioneros, de hombres, en fin, espirituales, que contra el diluvio de errores y pecados que sobrevino en el siglo XVI, mantuvieron viva la fe en España, la defendieron en el resto de Europa y la propagaron al Nuevo Mundo”.<sup>6</sup>

Todo esto ayudará a explicar porqué, durante ese siglo, pasarían a América sacerdotes, en general, muy dignos de alabanza por el celo apostólico con que realizarían una tarea totalmente inédita. Pero aclara también porqué la Monarquía iba a recurrir, especialmente, a las órdenes religiosas ya que el clero secular no aparecía como totalmente capacitado para la predicación de la fe.

\* \* \*

En un muy antiguo y humilde pueblecito de la bendita tierra de Andalucía, perteneciente al Obispado de Córdoba, en Montilla —el que, quizá para su bien, no figura en muchas guías turísticas de España, pero que fué, nada menos que cuna del Gran Capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba y residencia del Inca Garcilaso de la Vega— nació Francisco Solano, probablemente un 6 de marzo de 1549, siendo bautizado cuatro días después.

Montilla, patrimonio de los señores de Aguilar y marqueses de Priego, era —y, felizmente, sigue siendo— un pueblo de casitas blancas de cal, con tejadillos mohosos y negros y pulcras rejas de hierro, con calles estrechas y esquinas mal cortadas, con empedrados que suben y bajan y serpentean, con un airoso recostarse sobre la suave pendiente de los cerros, rodeando con su ocre cinturón de tejados la antigua fortaleza o castillo medieval.<sup>7</sup> De esta posición erguida, sobre el suave declive de los montes béticos, provienen los nombres y la traza ascensional de las dos villas inmediatas a Córdoba: Montilla y Montemayor. Los cronistas de antigüedades españolas del siglo XVI identifican a Montilla con una de las antiguas villas cercanas a la capital en donde se desarrolló en la época romana la lucha entre Pompeyo y César. Para algunos, Montilla es la antigua *Munda*

6 Cit. en Idem, *íd.* Pág. 111.

7 DI LULLO, Orestes: *San Francisco Solano*. En ARCHIVUM. Revista de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina. Tomo Quinto. Buenos Aires, Enero-Diciembre 1961. Pág. 292.

o *Ullia*. Otros derivan el nombre español actual del latino *Montulia*. La arqueología comprueba, a cada paso, el antecedente románico por el hallazgo, en las ciudades y los campos, de gruesos cimientos de murallas, torres, baños, lápidas, inscripciones, columnas y monedas romanas.

Dominada por los árabes y sujeta a la inmediata autoridad de los Califas de Córdoba, Montilla sigue la suerte de la gran ciudad hispano-árabe. Los autores apuntan que la villa fue reconquistada por el Rey Santo, Fernando III, en 1240. Permanece en el patrimonio real hasta 1369, en que Enrique II la donó a Lope Gutiérrez Córdoba Montemayor quien, más tarde, la permutó por Guadalcázar con su primo don Gonzalo Fernández de Córdoba (1377).

Bajo el señorío de la casa de Aguilar se levantó el castillo que dominaba las suaves vegas montillanas y del que se dice que era el más hermoso de las dos Andalucías. Allí nacería el Gran Capitán, en 1453. "Pero el orgullo de la ciudad y de los señores de Aguilar fue repentinamente abatido por un acto de rebeldía" cometido por "don Pedro de Córdoba, Marqués de Priego, sobrino de don Gonzalo".

Sucedió que el Rey don Fernando había ordenado a aquel que dejase libre su casa de Córdoba para que la ocupase un alcalde de corte. El impetuoso don Pedro se negó, por creerse disminuido, prendió a ese funcionario y lo envió preso a su castillo de Montilla.

Al saber la intención del rey de castigarle, el joven marqués recorrió Andalucía reclutando gentes "para defenderse como varón". La arrogancia puede costarle la vida pero, entonces, interviene el Gran Capitán que pide al Rey que perdone a su sobrino. Y este consiente en solicitar, de rodillas, el favor real. Pero Fernando el Católico, no obstante su aparente magnanimidad al concederlo, ordena demoler el castillo en el que fue apresado su alcalde, hasta sus cimientos, "para que sea testimonio este castigo contra los caballeros que contra los mandatos reales se opongan".<sup>8</sup>

O sea que, en tiempos del niño Francisco Solano, segundo hijo de Mateo Sánchez Solano y de Ana Ximénez, no existían sino las ruinas del gran castillo de las treinta torres, sepultadas bajo la hierba con toda su historia y su leyenda, su grandeza y su señorío.

---

<sup>8</sup> PORRAS BARRENECHEA, Raúl: *El Inca Garcilaso en Montilla* (1561-1614). Lima, 1955. Pág. XVI-XVII.

La suya era una familia aldeana acomodada; su padre había sido dos veces alcalde del pueblo. Su madre era llamada "la noble".

Francisco creció en la paz de un hogar sin mancha, junto a sus dos hermanos, fortalecido en la moral por el ejemplo de sus mayores y en el cuerpo por la vida sencilla de la aldea, cuyas vegas y cerrillos recorrería en sus andanzas de muchacho <sup>9</sup>

Fue alumno del Colegio de los Jesuitas; cursó los estudios elementales y arte. Era un jovencito de gran equilibrio en su conducta. Luego, a los veinte años, ingresa en el convento que los Frailes Menores tenían en Montilla (1569). Allí llegó a ser "modelo de sus hermanos por su rara modestia, su ciega obediencia, su humildad profunda, su perpetuo silencio y su rígida mortificación de los sentidos". <sup>10</sup> A la vez, se asegura que era un muchacho alegre y agradable. En 1570 hizo los votos perpetuos. Estuvo en Montilla tres años. Luego, fue trasladado al Convento de Santa María de Loreto, muy próximo a Sevilla, donde estudió Lógica, Filosofía y Teología. Allí celebró su primera Misa. Y como tenía una voz suave y sonora fue nombrado director del coro. Se consagró entonces al estudio del canto gregoriano. Volvió, como maestro de novicios, al Convento de Arrizafa, a media legua de Córdoba y posteriormente fue al de San Francisco del Monte, en Sierra Morena, con el cargo de guardián. Más tarde, pasó al de San Luis, en Granada.

Con todas las interpolaciones que pueda admitir la reconstrucción a posteriori de la vida de un santo —porque, como es lógico, no se nace en ese estado ni se cuenta con un biógrafo al lado para ir registrando todos los hechos— débese admitir que los testimonios muestran que, ya, en esta época, han comenzado a producirse ciertos hechos milagrosos que empiezan a otorgar a su enjuta y esmirriada figura un halo de santidad: vida y trasiegos en la asistencia a enfermos de la peste bubónica que se descargó en esa zona donde actuaba, curaciones de llagas purulentas porque él besaba o lamía las partes enfermas. . .

Y, a la vez, las noticias abundantes de que era hombre entregado a la predicación y la oración como fuentes de su vida recoleta, hasta, al parecer, llegar a adquirir el inapreciable don de contar con la continua presencia de Dios.

---

9 DI LULLO, Orestes: Ob. cit. (Nota N° 7). Pág. 292.

10 HIRAL, Angel O. F. M.: *Vida de San Francisco Solano Apóstol de América del Sur* (1549-1610). Buenos Aires, 1945. Pág. 26.

Por esto, no ha de extrañar que empezara a difundirse su fama de santo por toda Andalucía.

Pero él despreciaba los honores y las manifestaciones que seguían a sus relevantes acciones. Y, como su padre San Francisco, piensa en alejarse e ir a trabajar en la conversión de los infieles, tal vez en Africa.

Sin embargo, un día, se cruza el Nuevo Mundo en su camino. Ante el pedido de Felipe II a los superiores franciscanos para que enviasen misioneros a América —que no era sino el reflejo de lo que algunos precursores como fray Juan de Rivadeneyra le informaran acerca de la necesidad de religiosos que había en apartadas regiones como las rioplatenses— el padre Solano va a embarcarse con rumbo a una de las más necesitadas, el Tucumán.

\* \* \*

Permítaseme, ahora, una digresión ocasional. Hace poco más de un año, tenía yo en mis manos en el Archivo General de Indias de Sevilla, unos documentos palpitantes que se referían al viaje que, en el último tercio del siglo XVIII, iban a realizar varios franciscanos, integrantes del Colegio de Propaganda Fide de Tarija. Y en ellos se hace referencia a los gastos de ropa, de vajilla, de comida, de traslado hasta el puerto de embarque, con una sencillez y una meticulosidad que asombran pero que eran el producto del estudio y la acumulación de noticias sobre lo que se necesitaba para la vida en la larga travesía, tanto en el mar cuanto en la tierra hasta llegar a destino. Y los auxilios oficiales a prestarles si se enfermaban, y las bestias de que había que proveerlos y que todas las ayudas eran con el fin de que no dejasen de llegar a donde se lo habían propuesto.

Frente a eso, yo me preguntaba: ¿Habría sentido Solano la misma ansiedad que revelan ciertas cartas entre los futuros evangelizadores ante los problemas del diario vivir? ¿O estaría él muy por encima de todo esto? Además; ninguno de ellos tenía experiencia en tamaño viaje. Por eso algunos hasta renunciaban a última hora. En fin; como de este viaje en la armada que venía al mando del virrey del Perú, don García Hurtado de Mendoza (nombre de nuestra ciudad que lo lleva por él y que vese ya qué misteriosamente está ligado también a la vida del Santo), como de este viaje, digo, de 1589, no han quedado mayores datos, dejo a la imaginación de cada cual librado el columbrar las mil peripecias en que, sin duda, se vieron

metidos todos los que, como misioneros dirigidos por el P. Baltasar Navarro, ansiaban llegar a nuestras playas.

\* \* \*

Fijémonos en que el futuro Santo tiene entonces 40 años cumplidos y que, hasta aquí, su figura es la de un monje virtuoso, abnegado, pacífico, cuya fama de santidad trasciende pero sin que se registren hechos milagrosos en gran número.

Tentado estoy de decir que parecería haber estado esperando el escenario americano para producirlos. Y contemos con que solamente restan 20 años de su vida.

Van a llegar los frailes a Cartagena, Portobelo y Panamá.

Y desde aquí, por mar también, rumbo al Perú y luego, por tierra, al Tucumán.

Otro hecho misterioso de la historia americana va a producirse entonces en el solar del viejo imperio incaico, a saber, la coexistencia sorprendente de una floración de santos que habrán de actuar mancomunadamente en el mejoramiento de la vida de la región. En efecto; además, de San Francisco Solano, tenemos a Santo Toribio de Mogrovejo (quien, coincidentemente, también a los 40 años pasó al Perú) y que, durante 24, sería el gran organizador, mediante visitas y concilios, de aquella iglesia. Y junto a él estuvieron el dominico San Luis Beltrán, Santa Rosa de Lima, Santa Mariana de Jesús (llamada la Azucena de Quito), San Martín de Porres y San Juan Macías.

¿Habrá sido necesario un esfuerzo tan a fondo de esta pléyade de santos para que la iglesia americana de esta parte del continente tomara su calado definitivo?

Algo más; Francisco Solano va hacia el Tucumán, al que arribará hacia 1590. ¿Y qué era el Tucumán de entonces?

Cuatro poblaciones (Santiago del Estero, San Miguel, Córdoba y Salta), más unas aldeas separadas entre sí por el desierto o los montes, sin ninguna forma de organización social o política autén-

tica, con un corto número de blancos viviendo en la escasez rayana a veces en la indigencia, defendiéndose de indios bravos, era más una zona de tránsito a la que la ideología fundadora de aquel gran virrey sistematizador que fue don Francisco de Toledo quería poblar para que cumpliera su función de vínculo entre distintas partes del continente.

El Obispado del Tucumán tenía su primer titular, Fray Francisco de Victoria, desde 1580, pero era más que nada un lugar de misión en el que dominicos, mercedarios, franciscanos y jesuitas debían intervenir ardorosamente y amorosamente. O sea que se requería una falange de clérigos, lo que no existía, a la verdad, o un gran sentido de la organización, el que solamente aparecerá con fray Hernando de Trejo y Sanabria, el segundo obispo del Tucumán, o, sino, mediante misiones volantes que acudían donde era necesario. Así, de esta manera, iba a intervenir Francisco Solano.

Ahora bien; como no vamos a hacer una narración biográfica de nuestro personaje, <sup>11</sup> cabe que agreguemos que analizados detenida y concienzudamente los datos, informaciones, declaraciones y testimonios del proceso de canonización de Francisco Solano y desprendiéndolos de toda adherencia apologética o simplemente encomiástica, muy común en cierto tipo de literatura hagiográfica, quedarían varios hechos milagrosos realizados por él en vida los cuales conformarían, junto a los datos de su austera y fervorosa piedad mística, su personalidad de santo y de cuyo conjunto de noticias yo quiero hacer una clasificación a objeto de evitar confusiones. Porque, primero, están todas aquellas que se refieren su intervención milagrosa en la salvación de personas ante peligros diversos, por ejemplo, en el paso por mar hacia el Perú, desde Panamá, cuando en la bahía de Gorgona una tempestad hizo naufragar el navío en que viajaba y durante tres días aguardó rezando hasta que fue rescatado y, ya en la playa, durante dos meses largos, cumplió otros actos dignos de asombro, todos en socorro del grupo de sobrevivientes; o su intercesión ante necesidades, como cuando haría brotar agua

---

11 Son muchas las obras dedicadas a narrar la vida de San Francisco Solano. La mejor, sin disputa, es la del P. Luis Julián PLANDOLIT O. F. M.: *El Apóstol de América San Francisco Solano*. Ed. Cisneros. Madrid, 1963. 539 páginas. Desgraciadamente, es libro que casi no ha circulado en nuestro país. Y las consultas que, en razón de la distancia que nos separa del único lugar donde lo hemos ubicado, hemos podido hacer, han tenido que resultar esporádicas.

en La Rioja;

o cuando se lo vio cruzar el río Paraguay extendiendo su manto sobre las aguas;

En segundo lugar, están los hechos milagrosos que tienen que ver, estrictamente hablando, con la predicación de la fe. Y de estos yo destacaría:

a) su aprendizaje más que rápido de las lenguas de los indios, cosa que a algún testigo le parecía imposible y sobrenatural. Es decir, tenía el don de lenguas. Esto se extiende a lograr hacer hablar a un indio o a predicar en castellano y que cada aborigen lo entendiera en su lengua.

b) su intervención de pacificador ante los naturales belicosos que halló en el Tucumán en diversas ocasiones.

c) De lo anterior se deriva esto otro: la exquisita mansedumbre, la consideración y la reverencia con que trataba a los indios. En una palabra, la caridad que unía a la verdad de su predicación y que daría ingentes frutos, como luego se verá.

d) Que el padre Solano poseía el don de la revelación, es decir, del conocimiento anticipado de los estados secretos de ánimo, de cosas ocultas y de hechos futuros <sup>12</sup> (como haber precedido la destrucción de Esteco o un terremoto que asolaría a Trujillo.)

f) que, como buen andaluz, hacía con gracia, casi alegremente y cantando, sus milagros. Aquí aparecería, acompañándolo y acompañándose de su famoso "violín", el de las estampitas y de algunas imágenes el cual, en realidad, no era más que un pequeño instrumento bicorde que, a veces, reemplazaba por un palo de caña que hacía sonar como una flauta. <sup>13</sup>

g) poder de exorcizar a los animales, deteniéndolos, amansándolos o haciéndolos huir.

---

12 Cfr.: CAGGIANO, Antonio (Cardenal): *La figura de San Francisco Solano y su actuación en el Tucumán, según el proceso de beatificación y canonización instruido en Lima y conservado en los Archivos Vaticanos de la Sagrada Congregación de Ritos. En Boletín de la Academia Nacional de la Historia. N° XXIV-XXV. Buenos Aires, 1950. Pág. 154.*

13 BRUNO, Cayetano S. D. B.: *Las florecillas de San Francisco Solano*. La Plata, 1976. En este excelente trabajo, hecho a base de los documentos del proceso de canonización, se habla (siempre sobre esos testimonios) de "rabelillo", de que "tenía un rabel con dos cuerdas", o que su instrumento era un arquito, una cuerda y un palito.

Francisco Solano estuvo en el Tucumán unos siete años. Centró su actividad como custodio de esa provincia y de la del Paraguay en la zona de Esteco, Socotonio y Magdalena. Pero recorrió y residió en Santiago del Estero, La Rioja, San Miguel de Tucumán, Córdoba y hasta es posible que haya pasado al Litoral, pues se lo menciona como residiendo en Asunción, Santa Fe y Buenos Aires.

A manera de ejemplo voy a citar solamente uno de sus hechos milagrosos, narrado por el que era entonces cura de La Rioja, el maestro clérigo presbítero Manuel Núñez, quien conoció bien a Francisco Solano cuando andaba entre los indios del Tucumán y vivía en casa del capitán Pedro Sotelo de Narváez, en 1593. Era el día Jueves Santo y habían llegado a La Rioja “cuarenta y cinco caciques infieles con tropa y con jefe”. Ante ello, el capitán Sotelo y el cura “con gran espanto, no sabían qué hacer con aquella multitud de gente y dicho capitán ordenó que todos se armaran para lo que pudiera acontecer”. Pero entonces interviene Francisco Solano quien arengó y predicó “a todos” y, —continúa la declaración— “este testigo no sabe en qué lengua, porque todos, tanto españoles como indios y otros, le entendían con grande sentimiento y fervor, y de inmediato los indios, puestos de rodillas, derramando lágrimas, pedían a este padre el bautismo, y entonces dicho padre los abrazaba, besándolos en señal de paz, y pidió a este testigo que hiciese la procesión; y como los indios vieran a los españoles azotándose [es decir, disciplinándose] preguntaron al padre Solano qué señal o invención fuese aquello, y entonces el padre Solano, con grande emoción y fervor, les dijo que en una noche semejante de Jueves Santo, nuestro Señor Dios fue flagelado por nuestros delitos y pecados, y terminada su predicación, todos los indios, con muchas lágrimas, se desnudaron y muchos con cuerdas y otros con otras cosas se azotaban, y entonces el padre Solano, con gran regocijo y devoción, como guía (o capitán) celestial, los conducía en aquella noche, enseñando y predicando, y los retuvo a todos hasta que fueron bautizados, cuyo número era de nueve mil indios. . .”<sup>14</sup>

Como este, ocurrieron otros muchos casos semejantes y numerosas tribus de lules, tonocotés, comechingones, diaguitas, calchaquíes, recibieron su palabra y su ejemplo.

Pero su misión no dejó establecimientos fijos ni fundaciones materiales, por lo que ciertos autores han creído verla como de pasajera o escasa influencia.

---

14. CAGGIANO, Antonio (Cardenal): Ob. cit. (Nota N<sup>o</sup> 12). Pág. 180 y ss.

Esto es inadmisibile por cuanto los testimonios de su proceso de beatificación constituyen pruebas irrefutables y vienen de varios centenares de personas de distinta condición que precisamente se preocuparon por esclarecer la hondura y la penetración de la doctrina que había enseñado.

Y esto no solamente en el Tucumán, sino que luego, en su actuación en el Perú y no ya a los indios sino a, los blancos de Lima y Trujillo a quienes enrostrará sus pecados y vicios y, cual otro Savonarola, amenazará con la destrucción del mismo templo en que amonestaba a sus oyentes. Y en la ciudad de los Reyes —donde siguió predicando, curando, haciendo milagros, entregado a la oración y a la penitencia y siendo ejemplo vivo de hombre de fe, aplicado a la regla franciscana con todo amor tendrá también una actuación descollante cuando (y me permito otra vez tomar un ejemplo al azar) predicara en la plaza mayor rodeado de una inmensa multitud, comenzando con aquellas palabras de la primera epístola de San Juan: “*Todo cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida*”. Refiérese que la conmoción provocada por sus palabras fue tal que llegó a oídos del entonces virrey, don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, Conde de Monterrey, quien habría reunido al arzobispo Santo Toribio de Mogrovejo, al provisor Miguel Salinas y al comisario general de los franciscanos del Perú el cual dispuso fuese llamado el predicador para que aclarase sus conceptos. Cosa que Francisco Solano hizo ante una verdadera asamblea de notables civiles y eclesiásticos, logrando no solamente conmoverlos a ellos también, sino ratificar a las autoridades en el convencimiento de que Dios se había valido de su siervo como intérprete de una situación que no debía continuar más, si se quería evitar la ruina y la muerte espiritual de los limeños.<sup>15</sup>

Con esto llegamos al último punto que hoy queríamos tratar. Porque, al mismo tiempo que los biógrafos de San Francisco Solano nos dicen que, para predicar, se preparaba “con oración y contemplación y también con la lectura de los libros santos en que fué versadísimo”, ocurre que —como en cierto modo es natural— no quedan testimonios fehacientes de su palabra, de sus ideas, de su doctrina. Apenas hay alguno, por supuesto que original e interesantísimo, como este, escrito por el santo en sendas cartas a su hermana Inés Gómez Solano, redactadas desde Lima en el mismo año de su muerte (1610) en las que a) al hablar de los sufrimientos en este mundo cita aquellas palabras de San Pablo: *según fuésemos com-*

---

15 HIRAL, Angel O.F.M.: Ob. cit. (Nota N° 10). Pág. 125 y ss.

*pañeros de las pasiones y trabajos de Cristo, lo seremos de sus consolaciones;* b) luego apela al “dulcísimo Jesús por San Mateo” en aquello de *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia* y escribe “pues bienaventurada [es] el alma que en esta vida padece hambre y sed y desea hartarse en el Señor, encendiéndose en su amor”; y c) indicará que era necesario tener “hambre y sed de servir a Dios, amarle, poseerle y gozarle” por que “el cielo es el centro de nuestro descanso”. Y por todo ello, mencionando a “los doctores santos”, escribirá: “la bienaventuranza es un estado lleno de perfección, donde se hallan y poseen todos los bienes juntos, que es ver a Dios y gozarle para siempre; aquella eternidad de gloria y bienaventuranza se alcanza haciendo la voluntad de este mismo Dios, en este breve tiempo de vida, o por mejor decir, de muerte, que se padece muriendo en este valle de lágrimas”.<sup>16</sup>

Creo yo que estos textos más alguna referencia a que, en sus últimos días, Francisco Solano se hacía leer las piadosas meditaciones del Padre Luis de Granada, el famoso místico español cuyas obras eran libros de cabecera de Santa Teresa, nos dan pie a nuestra exégesis. Porque al ignorar cuales hayan sido todos sus libros puede admitirse que se abra una doble perspectiva de interpretación.

Por un lado, lo primero que se debe aclarar es que para Francisco Solano hubo un modelo humano a seguir, y ese no fue otro que San Francisco de Asís.

Como éste, él había nacido en un suelo privilegiado, pues su Andalucía cordobesa era parecida a la Umbría, itálica, “toda adornada por grandes viñas, abrigada como en una cuna por sus montañas, sobre esa tierra en que la vida, la libertad y la alegría parecen caer del cielo”.<sup>17</sup> Sólo el hombre parecía al Santo de Asís “endeble y desheredado”. Por lo tanto él, que se ha despojado de las cosas de la tierra, se consagrará a los leprosos con sana alegría religiosa, proclamando que el desprendimiento y la pobreza tiene que ser una virtud cardinal, de tal forma que se convertirá en signo distintivo de la orden no poseer jamás nada propio bajo el sol. Pues el franciscano deberá interesarse y encenderse y apasionarse por una sola cosa: el amor a Cristo. Este es el punto capital del franciscanismo: por el amor y la piedad, sin teología ni escolástica, ofrecerá a

---

16 Cit. en SANTA CLARA CORDOBA, Antonio O.F.M.; *San Francisco Solano*. Buenos Aires, 1949. Pág. 252 y 307-311.

17 GEBHART, Emilio: *La Italia mística*. Historia del renacimiento religioso en la Edad Media. Buenos Aires, 1943. Pág. 69.

Jesús directamente a las conciencias. Es decir que pese a su subordinación a la Iglesia de Roma y su reconocimiento de las autoridades y su dependencia conceptual en materia de fe, de sacramentos y de ritual, es lo cierto que la regla de San Francisco constituye un "cristianismo esencialmente místico" que "ofrece a Jesús directamente a las conciencias", escapando "a la jerarquía eclesiástica" y organizándose "fuera de toda disciplina tradicional". Lo único que debía observarse al pie de la letra era la posición de servidor y de ministro del franciscano.

De acuerdo con esto y con lo que fue su actividad a comienzos del siglo XIII (predica renovadora, fundación de cofradías, aprecio por la naturaleza, rescate de pecadores, etc.) se puede aceptar que el Poverello haya estimado poco las ciencias profanas, las letras y los libros, porque no entendía las profundidades de la teología, y que se encontrara más cómodo frente a los paganos que ante los herejes. (Claro, contra éstos se necesitaban argumentos y conocimientos teológicos, para poder mantener una discusión elevada).

Y que se haya refugiado en la fe, el amor y el desprendimiento.

Por lo cual, sus mejores discípulos serán los *observantes*, los *espirituales*, los pequeños hermanos. <sup>18</sup>

El misticismo particular que nació en la orden franciscana bajo el impulso del santo fundador, fue cultivado por San Buenaventura que lo preconizó sobre todo en su obra *Itinerario de la mente a Dios*, libro clásico y "punto culminante de la mística especulativa, que constituye la más completa síntesis que ésta haya nunca realizado". <sup>19</sup> El amor de Jesús crucificado, el reconocimiento de su encarnación que se une al más tierno amor por María, el gozo de la filiación divina que junta a todas las creaturas en la alabanza de lo Más Alto, son los rasgos dominantes de la mística franciscana y le confieren un acento de ardor y de filial ternura. Unido ello al fogoso temperamento de un poeta notable como Jacopone Da Todi, conforma una particularidad que toma un sesgo nuevo de pasión

---

18 Idem, íd. Pág. 79 a 102.

19 GILSON, Etienne. *La filosofía de San Buenaventura*. Buenos Aires, 1948. Pág. 462 a 470. Cit. por Antonio RODRIGUEZ HUESCAR: Prólogo a SAN BUENAVENTURA: *Itinerario de la mente a Dios*. Buenos Aires, 1962. Pág. 14.

acusada en su áspera crítica al mundo terreno y en su canto de alabanza y de entrega total al amor divino en la persona de Jesucristo. <sup>20</sup>

En consecuencia; el ideal para el franciscanismo consiste en “buscar las cosas celestiales, desear las espirituales, despreciar las terrestres, tender hacia las que están adelante, olvidar las que quedan detrás. . .” y aspirar a “la imitación de Cristo”. <sup>21</sup>

*Estamos convencidos que ese fue el ideario de Francisco Solano.*

Ahora bien; lo que se debe resolver —y esta sería la segunda cuestión a aclarar— es qué clase de catolicismo trajo a América el padre Francisco Solano. Y esto viene sugerido por la necesidad de solventar una duda o interrogante que planteó un gran maestro francés de la historia de la iglesia en América, Robert Ricard, en el Prefacio a la traducción española de su obra *La conquista espiritual de México* cuando dijo con referencia al primer gran educador de ese país: “¿Trajo directamente fray Pedro de Gante algo de aquella escuela mística de Alemania y Flandes, cuyo nombre más conocido es Ruysbroek y que tanta irradiación tuvo a fines de la Edad Media?” <sup>22</sup>

Para lo que a nosotros, desde aquí, se nos alcanza, creemos tener una respuesta general (o sea, no solamente aplicable a ese caso) en una obra de gran seriedad, cuyo autorizado autor Gustavo Schnürer nos dice que, cuando sonó la hora en que la historia universal mandó a los países ibéricos a conducir la civilización, estos se encontraban perfectamente preparados. Escribe: “Ellos aportaron ese sentido de la medida que les permitió hacer una síntesis de las tradiciones preciosas de la Edad Media con las nuevas adquisiciones y las nuevas aspiraciones del Renacimiento italiano, para formar un todo vivo y armonioso. Vivía en ellos, todavía, el espíritu de las cruzadas, no bajo la forma de un intelectualismo inactivo, sino de una fuerza que los impulsaba a la conquista de los mares y que así pudo imponer límites durables al nuevo espíritu de conquista del Is-

---

20 Cfr.: SCHNURER, Gustave: *L'Eglise et la Civilization au Moyen Age*. Tomo III. Paris, 1938. Pág. 45-46.

21 GEBHART, Emilio: Ob. cit. (Nota N° 17). Pág. 136.

22 RICARD, Robert: *La conquista espiritual de México*. México, 1947. Pág. 17.

lam. En esos pueblos, el idealismo de la Iglesia no se había paralizado, el respeto por la Iglesia no solo no se había debilitado, sino, por el contrario, había sido reavivado por obispos ejemplares, por santos de una rara profundidad de alma, *alimentados en la más pura ciencia de la Iglesia y en las obras de los místicos de los Países Bajos*".<sup>23</sup>

¿Cuáles obras? Vayamos a los textos. "El Cardenal Giménez de Cisneros hizo traducir al español una serie de libros de piedad de un valor probado, continuando así la gran tradición de la literatura edificante de la Edad Media. Entre esas obras se encuentran pequeños tratados de San Buenaventura, cartas de Santa Catalina de Siena, obras de Santa Angela de Foligno y de la Bienaventurada Matilde, la *Vida de Cristo* de Ludolfo de Sajonia, que gozaba en España de un renombre particular, una biografía de Santo Tomás Becket, el hermoso tratado de San Vicente Ferrer sobre la vida espiritual, escrito probablemente en Italia en 1406, y la obra maestra en este género de libros del final de la Edad Media, *La Imitación de Cristo*. Esta obra apareció primero bajo el título de *Contemptus mundi* y fue atribuída a Gerson. Encuentra siempre nuevos lectores en España. Existen seis ediciones impresas del siglo XV, a partir del año 1482; las ediciones del XVI son innumerables.

La actividad desplegada en este dominio por el sobrino del cardenal Giménez, abate del convento benedictino de Monserrat, don García de Cisneros, fue particularmente importante. Se ha caracterizado esa actividad diciendo que él había vulgarizado la mística. En un viaje hacia el norte que hizo por Francia, García de Cisneros había traído muchas obras ascéticas septentrionales, de las que hizo reproducir varias en su imprenta. Publica él mismo numerosos tratados, de los cuales uno, aparecido en 1500 bajo el título de *Ejercitatorio de la vida espiritual* es mencionado muy a menudo pues se ve en él a la obra que ha servido de modelo al célebre *Libro de ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola. Para el *Ejercitatorio*, García de Cisneros se inspira en casi todas las obras maestras de la mística medieval, en Bernardo de Clairvaux, Hugo y Ricardo de Saint-Victor, san Buenaventura, Gerson, Mombaer y Gerardo de Sutphen.

Se vuelve a encontrar las tradiciones de la Edad Media, entre otras obras, en las de los místicos alemanes Suso y Taulero o en libros que han circulado bajo sus nombres, además de otros autores,

---

23 SCHNURER, Gustave: Ob. cit. (Nota N<sup>o</sup> 20). Pág. 378. Trad.

hasta el momento en que los españoles comenzaron en una gran medida a producir obras originales y hasta que dieron fin a las obras maestras de la literatura mística." <sup>24</sup>

En esta brillante línea hay que colocar a buen número de autores franciscanos, como en seguida vamos a ver. Pero antes digamos que no solamente hubo influencia flamenca o alemana sino que la escuela mística franciscana española se une también con la italiana por y desde el viaje que hizo San Francisco de Asís a Santiago de Compostela, del que resultó la entrada en la orden de San Antonio, el *Doctor Evangélico*, y el comienzo de la actividad del beato Raimundo Lullio, el *Doctor Iluminado*, otro gran místico teórico y práctico. <sup>25</sup>

Así, pudo escribir el maestro Menéndez y Pelayo que "parece que los franciscanos han tenido vinculada la filosofía del amor, de que es maestro San Buenaventura, como de la especulativa lo es Santo Tomás. Los libros más clásicos y bellos acerca del amor de Dios durante el siglo XVI son debidos a plumas de Frailes Menores y entre todos ellos daría yo la palma —sigue diciendo el autor de los *Heterodoxos*— a fray Juan de los Angeles, uno de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya oración es río de leche y miel". <sup>26</sup>

Por todo ello, aunque nada nos dicen los biógrafos de San Francisco Solano acerca de sus lecturas, su formación, sus ideas, y aunque sea casi imposible rehacer la historia interna de muchos de esos humildes y riquísimos conventos españoles en los que se asimilaban doctrinas santas acumuladas a través de los años, por no decir de los siglos, creemos no andar descarriados si proporcionamos los nombres de los autores clásicos de entonces, sobre todo en orden a la vida devota, a la vida mística que influyeron en él. Y más si fueron de la propia Orden de Francisco Solano. Y si sus ediciones corrieron y se difundieron prestamente.

Entre ellos tenemos a fray Alonso de Madrid que alcanzó una gran celebridad (además de por su *Espejo de ilustres personas*, Burgos, 1524) por su *Arte para servir a Dios*, impreso en Sevilla en 1521

---

24 Idem, *id.* Pág. 572–573. Trad.

25 GOMIS, Juan Bautista O. F. M.: *Introducción General*. En MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I. Madrid, 1948. Pág. 52.

26 Cit. en Idem, *id.* Pág. 54.

y del que se hicieron doce ediciones hasta el 1600. <sup>27</sup>

Le sigue Francisco de Osuna, que vivió algún tiempo en París y en los Países Bajos, que visitó Aix—la Chapelle y Colonia y que es justicieramente renombrado por el *Tercero* de sus Seis *Abecedarios Espirituales*, libro del que dijo Santa Teresa que “lo tenía por maestro”. Se publicó en 1527. A su vez, el *Abecedario cuarto*, que para Menéndez y Pelayo es el más propiamente místico, se publicó en 1536 y es conocido con el nombre de *Ley de amor santo*. <sup>28</sup>

Es importante señalar, como dato que muestra que intervenía esta literatura en la formación de los franciscanos, algo que nos dice otro escritor ascético, el P. Diego Murillo que, en su *Instrucción* escribe; “Los libros acomodados para los novicios son las *Colaciones* de Casiano, las *Vidas de los Santos Padres*, el *Contemptus mundi*, los *Opúsculos* del Seráfico Doctor San Buenaventura, el *Arte de servir a Dios*, de fray Alonso de Madrid y los del P. Fr. Luis de Granada, todos los cuales *enseñan y mueven*, que son las dos cosas de que tienen necesidad los novicios”. <sup>29</sup>

¡Cómo no los iba a conocer, entonces, Francisco Solano! Más aún. Creemos que a muchos de ellos siguió fiel y consecuentemente hasta el fin de sus días, como es el caso de la *Imitación* o de fray Luis de Granada.

Otras obras admirables de esta escuela franciscana de espiritualidad en ese tiempo son: *Subida al Monte Sión*, de Bernardino de Laredo, antiguo médico en la corte del rey de Portugal Juan II, de la que las primeras ediciones se hicieron en Sevilla en 1535 y 1538. <sup>30</sup>

Le sigue, el *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos*, del

---

27 Cfr.: SCHNURER, Gustave: Ob. cit. (Nota N° 20). Pág. 573. E *Introducción*. En MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Ob. cit. (Nota N° 25). Pág. 92.

28 Cfr.: ALLISON PEERS, E.: *El misticismo español*. Buenos Aires, 1947. Pág. 25. SCHNURER, Gustave: Ob. cit. (Nota N° 20). Pág. 573—574. GOMIS, Juan Bautista O. F. M.: Ob. cit. (Nota N° 25). Pág. 217—219).

29 Cfr.: GOMIS, Juan Bautista O. F. M.: Ob. cit. (Nota N° 25). Pág. 90.

30 Cfr. SCHNURER, Gustave: Ob. cit. (Nota N° 20). Pág. 574. Y GOMIS, Juan Bautista O. F. M.: *Introducción*. En MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II. Madrid, 1948. Pág. 17. ALLISON PEERS, E. Ob. cit.

también franciscano Antonio de Guevara, que se imprimió en 1542, 1570 y 1574 en España, junto a la *Infancia espiritual*, de fray Miguel de Medina, impreso en Toledo en 1570.<sup>31</sup>

Lugar aparte debe ocupar otro autor franciscano, Diego de Estella, sobre todo por sus *Meditaciones del amor de Dios* que impresas por primera vez en Salamanca en 1576, alcanzaron seis ediciones en la Península antes de concluir el siglo y que influyó claramente en otro maestro de la vida devota, San Francisco de Sales, el que apuntó colocándole entre los más escogidos: "Ten siempre a mano algún buen libro de devoción, como son los de San Buenaventura, de Gerson, de Dionisio Cartujano, de Luis Blosio, de fray Luis de Granada, de Estella, de Arias, de Pinelo, de Avila, el *Combate espiritual*, las *Confesiones* de San Agustín, las *Epístolas* de San Jerónimo y otros semejantes".<sup>32</sup>

Entre las obras que también pudieron ser consultadas por Francisco Solano, además de las citadas de Fray Juan de los Angeles (caso del *Manual de vida perfecta*, impreso en Medina en 1589) están las de su otro hermano de Orden, fray Juan de Pineda, autor de la *Declaración del Pater Noster*, editada en Salamanca en ese mismo 1589.<sup>33</sup>

Finalmente, creemos que este cuadro de la ciencia mística española —y, señaladamente, franciscana— se completa con el ya varias veces citado fray Luis de Granada, dominico que hizo publicar por primera vez en 1536 en bella traducción, más tarde muchas veces reeditada, de la *Imitación de Cristo* del canónigo Tomás du Mont Saint—Agnés (o sea, Tomás de Kempis) que fue el primero en considerarlo en España, con razón, como el verdadero autor, en lugar de Gerson. Mostró lo que había aprendido de esta obra por su

---

(Nota N° 28), Pág. 29, dice que, de *Subida al Monte Sion* no hay edición moderna, por desgracia. Felizmente, un año después de su afirmación, se publicó en España el Tomo II de esa magnífica obra titulada MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES con la reimpresión completa de ese libro fundamental.

31 Cfr.: GOMIS, Juan Bautista O. F. M.: *Introducción*. En Ob. cit. (Nota N° 30). Pág. 447 y 762.

32 Cfr.: GOMIS, Juan Bautista O. F. M.: *Introducción*. En MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III. Madrid, 1949. Pág. 42.

33 *Idem*, íd. Pág. 461 y ss. y 371 y ss. respectivamente.

*Libro de la oración y de la meditación*, aparecido en 1553, que fue puesto en el Index por el desconfiado inquisidor general Fernando Valdez, al mismo tiempo que la *Guía de pecadores*.

El autor que seguimos comenta: estas “severas medidas de la Inquisición, que estaban dirigidas particularmente contra las traducciones del latín de las obras místicas provenientes del norte, trabaron en una cierta medida la producción literaria de la mística, pero, al mismo tiempo, la preservaron de la influencia de la secta de los iluminados, *Alumbrados*, que tenían viejos orígenes españoles, judíos y moriscos”.<sup>34</sup>

En suma; creemos justo rescatar, por su valor de síntesis las palabras de un sabio prologuista que estampó: “La ciencia mística española, brote genuino y auténtico del alma nacional, podría con brevedad encerrarse dentro de tres círculos ideológicos, trazados por las siguientes palabras: conversión del alma a sí misma, conversión del alma a Dios y conversión del alma a las criaturas. La introversión hácela psicológicamente; análisis del espíritu, de su contenido, de sus potencias, de sus anhelos y actividades, sin olvidarse jamás que el alma anida y vive en un cuerpo humano instrumento suyo necesario. Representan esa nota con relieve singular San Ignacio de Loyola (*Ejercicios espirituales*), Fr. Juan de los Angeles (*Conquista del reino de Dios*) y el P. La Fuente (*Las tres vidas*), obras que son piedras miliarias y definitivas sobre punto de tanto relieve en la ciencia mística. El saber y la experiencia juegan aquí un papel no secundario.

El ascenso a Dios, elevándose el alma a sí sobre sí, hácese cristológicamente, por entender que Cristo, en orden a lo eterno, sobre natural y místico, *es el camino, la verdad y la vida*, el origen, la subida y la cumbre de la espiritualidad. Pueden señalarse, como sustentáculos de esta cúpula áurea, San Juan de la Cruz, Santa Teresa y el P. Osuna, con sus obras respectivas. No hay en ellas ontología propiamente dicha, sino cristología; la ciencia no está en el lugar primero, sino la sapiencia. *Llama de amor viva, Las moradas, Tercer abecedario*. Quien no haya gustado estos tres panales de dulzura, estas tres obras magistrales, ignora qué sea la ciencia mística española y la cualidad específica de su labor.

La extraversión o comunicación con las criaturas hácela caritativamente por relación amistosa y dulce. Ve a Dios en todas, no

---

34 SCHNURER, Gustave: Ob. cit. (Nota N<sup>o</sup> 20). Pág. 574 Trad.

panteísticamente, sino integralmente. En unas descubre su huella divina; en otras, su imagen sacra, y en todas, lo que el Padre puso del Hijo en ellas para que fuesen buenas, gratas a sus ojos y deleitosas a su corazón paternal. De aquí el desbordamiento del genio, del poderío, del saber y del amor hispánicos en orden a la santificación del mundo, a su regeneración, a su reversión a Dios; de aquí su característica misionera y su misión extranacional connaturalizada con su espíritu. España quiere decir expansión del reino de Dios, que para España es el reino de Cristo, la idea católica. Expresión vigorosa e inconfundible de tamaño proceder y sentir la tenemos en el infatigable San Francisco Javier, cuyo corazón parecía ser más grande que todo el mundo; en el beato Raimundo Lulio, cuyas actividades rayan en lo increíble, y en San Francisco Solano, apóstol dulcísimo y alegre del mundo nuevo”.<sup>35</sup>

En definitiva; si el monje medieval (como el caballero) condensó las energías y se revistió de una armadura espiritual y física que mantuvo como tesoro mediante el ascetismo —disciplina que conservaba sus fuerzas en tenso estado— el aporte de San Francisco Solano consistió en un peregrinar benéfico por tierras americanas. Para ello dispuso de un “doble resorte : la santidad de vida y la simpatía personal. Descalzo, casi siempre a pie, con un miserable hábito cubriéndole el cuerpo y un cilicio mordiéndole las carnes, era la figura viviente de la penitencia cuya sola vista impresionaba a los indios” y a los blancos. “Las largas noches transcurridas en oración y ayuno, favorecidas con frecuentes éxtasis, constituyen un signo de su intimidad con Dios”.<sup>36</sup>

La acción mística de San Francisco Solano habría consistido en enseñar *vivamente* a los indios y a los españoles, no con lecciones teológicas sino mediante la predicación amorosa, que el hombre debía ocuparse primordialmente de alcanzar su fin esencial, es decir, Dios. Y, para eso, para llegar a la posesión de Dios por unión de amor, usó de todos los medios con que el Altísimo lo había dotado, aunque, como es claro, más que nada, buscando junto con la suya, la salvación de su prójimo.

Entre esos medios debo agregar que hay autores —y, señaladamente, uno a quien mucho aprecio— que han logrado rescatar y re-

---

35 GOMIS, Juan Bautista: O. F. M.: *Introducción General*. En MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II. Madrid, 1948. Pág. 3-4.

36 BORGES, Pedro: *Los conquistadores espirituales de América*. Sevilla, 1961. Pág. 172-173.

componer el único soneto que se conoce de San Francisco Solano, llamado *Simple Oración* y al cual le atribuyen "la misma tesitura mística del conocido 'No me mueve mi Dios para quererte' ".

Dice así la reconstrucción de la poesía del Solano que él compuso y enseñó y que hasta no hace mucho se conservaba y repetía, aunque de diversas formas, en todo el noroeste argentino:

#### SIMPLE ORACION

Mi buen Jesús, mi Redentor y amigo:  
¿Qué es lo que se, que no me has enseñado?  
¿Qué tengo yo que tú no me hayas dado?  
¿Qué valgo yo, si no estoy contigo?

¿Qué puedo yo, si tú no estás conmigo:  
Gusanillo en el mundo desterrado,  
Que busca solo en ti su bien amado,  
Puesto que eres la meta que persigo?

Sin vanidad, Señor, por ti me hiciste;  
Sin que te lo rogase, me criaste,  
¡Señor mi Dios! . . . Y en cruz me redimiste.

Si en criarme y redimirme te esforzaste  
¿Qué menos obrarás de lo que obraste  
En perdonar la obra que tú hiciste? <sup>37</sup>

Ahora bien; es importante entender que es el propio Dios el que dispone que es el amor a El en el conocimiento el que puede ser alcanzado por los hombres. Y por todos, prácticamente, ya que esta sabiduría mística no nace como las otras ciencias, por vía de razonamiento, sino por ejercicios de entrañables afectos. O sea que grandes y pequeños, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, doctos e indoctos pueden alcanzarla.

Para recorrer ese camino espiritual que conduce a Dios hay —como ya dijimos— una única guía de vida y de verdad, Cristo. Pero, lógicamente, existen maneras de transitar esa vía. Y los sabios, santos y doctores cristianos las reducen a tres (bien que la última, simplemente, resulta ser una mezcla de las dos iniciales). La primera,

---

37 ROMERO SOSA, Carlos Gregorio: *Un soneto de San Francisco Solano*. En *Guadernos Franciscanos* N° 5. Salta, julio — agosto 1956.

llamada vía intelectualista o del entendimiento, que arranca “del conocimiento sensible y llega al espiritual para detenerse en la intuición de la verdad y del ser primero. La segunda, que es la *vía voluntarista* y que se fundamenta en el amor sabio y no en el amor ciego, es un camino más viable para todo género de almas y pueden seguirlo con rendimiento máximo las personas más sencillas y aun indoctas, porque tiene sus más hondas raíces en la *buena voluntad*. Además, la esencia de la perfección no está en el mucho saber ni en el mucho amar, sino en la mucha caridad, en la calidad del amor y en la finura de sus kilates”. Esta “es la vía celeste preferida por la espiritualidad franciscana, desde los días del Padre Seráfico, transformado en Cristo material, espiritual y visiblemente, por arte e industria del amor todopoderoso”.<sup>38</sup>

Creemos no equivocarnos si afirmamos que esta fue la vía seguida individualmente por San Francisco Solano y la que él mostró, predicó y enseñó con su vida y milagros a los pobladores de América, tanto ya a simples y primitivos indios del Tucumán y el Chaco cuanto a encumbrados señores o ricos habitantes de la capital peruana.

Pero como, tal vez, la simple predicación del evangelio y aun el ejemplo de vida no bastaran para convertir a seres que durante siglos se habían incapacitado mentalmente para las cosas espirituales o a otros que, por las cuestiones terrenas, se habían apartado de las enseñanzas de la Iglesia, se necesitaba la santidad, es decir, la intervención del amor supremo, del fuego interior en la entrega a los hombres por Dios para que, en un extremo renunciamiento, se alcanzase en este Nuevo Mundo el bien espiritual y se hiciese que en él se practicase la verdadera religión.

Creo yo que esto prueba cómo, en estos tiempos, debe admitirse también la participación del milagro, o sea, del orden sobrenatural que ayuda a entender ciertos sucesos los cuales, sin él, parecerían inexplicables.

*Edberto Oscar Acevedo*

---

38 GOMIS, Juan Bautista O. F. M.: Ob. cit. (Nota N° 25). Pág. 8-11.